

El señor de las moscas, William Golding.

En un principio, la situación para los náufragos se muestra un tanto optimista dentro de la gravedad del problema.

Entre los jóvenes hay un líder que intenta imponer unas leyes, un orden mediante la división de tareas a realizar. Pronto todo se desmorona, llega el caos; a consecuencia de ello se produce la división en dos bandos:

Por un lado, lo racional (Ralph y Piggy)

Por otro lado, lo salvaje, sin reglamento alguno (Jack y los demás).

Debido a la intensa situación dramática, se abandona el sentido común y lo civilizado; empieza a predominar la actitud salvaje del ser humano ante el descontrol.

Finalmente, los jóvenes son rescatados y vuelven a la civilización.

Desde un principio, la escenografía de la representación teatral ha creado un ambiente que ha permitido a los asistentes adentrarse más en la situación de los náufragos con elementos tan típicos como la arena del mar, jaulas y sobre todo lianas.

Al tener aquellos detalles nos da la impresión de vivirlo en primera persona.

Una crítica similar se refleja en “Rebelión en la Granja” (George Orwell 1945). Al desaparecer el amo (granjero), los cerdos toman el control (la caracola) y actúan como líderes. Para poder imponer orden recurren a la persuasión, manipulación (creando símbolos, himnos, etc.) y sobre todo a un régimen dictatorial.

Estos mismos hechos se han dado a lo largo de la historia en revoluciones como la francesa o la rusa, donde, ante la ausencia de un líder los sujetos (individuos) tienden a dividirse en bandos.

Unos son partidarios de lo racional mientras que otros lo son del estado de naturaleza.

Por ello, la ley debe estar por encima de todo y los líderes tienen la obligación de impartir tanto orden como justicia para que así se pueda convivir en sociedad.